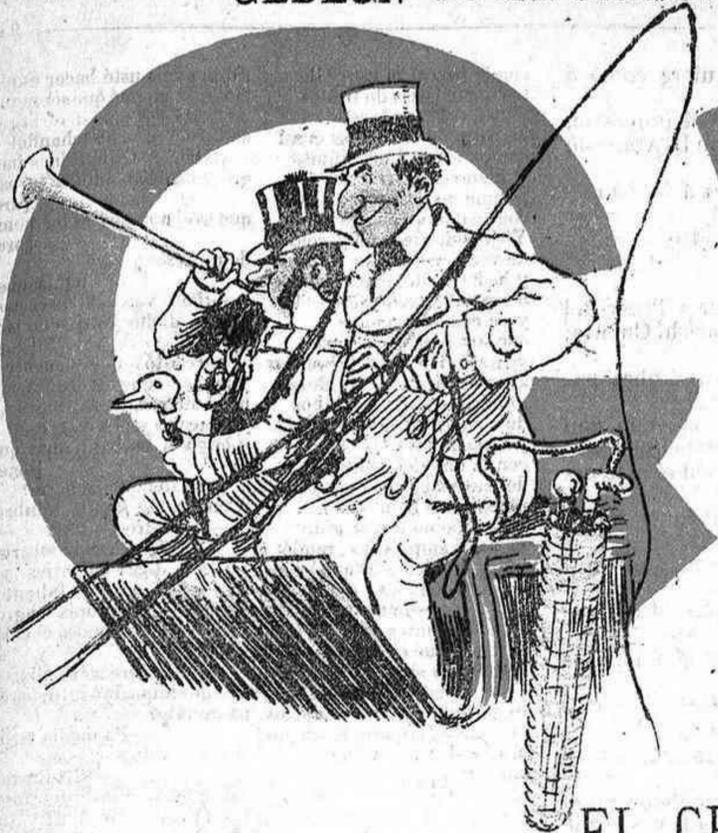


GEDEÓN ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEÓN

DIPUTADO A CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATIRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pesetas.
Año.....	6
Provincias y Portugal, trimes-	
tre.....	2
Año.....	8
Número atrasado.....	0,25
25 ejemplares.....	1,50

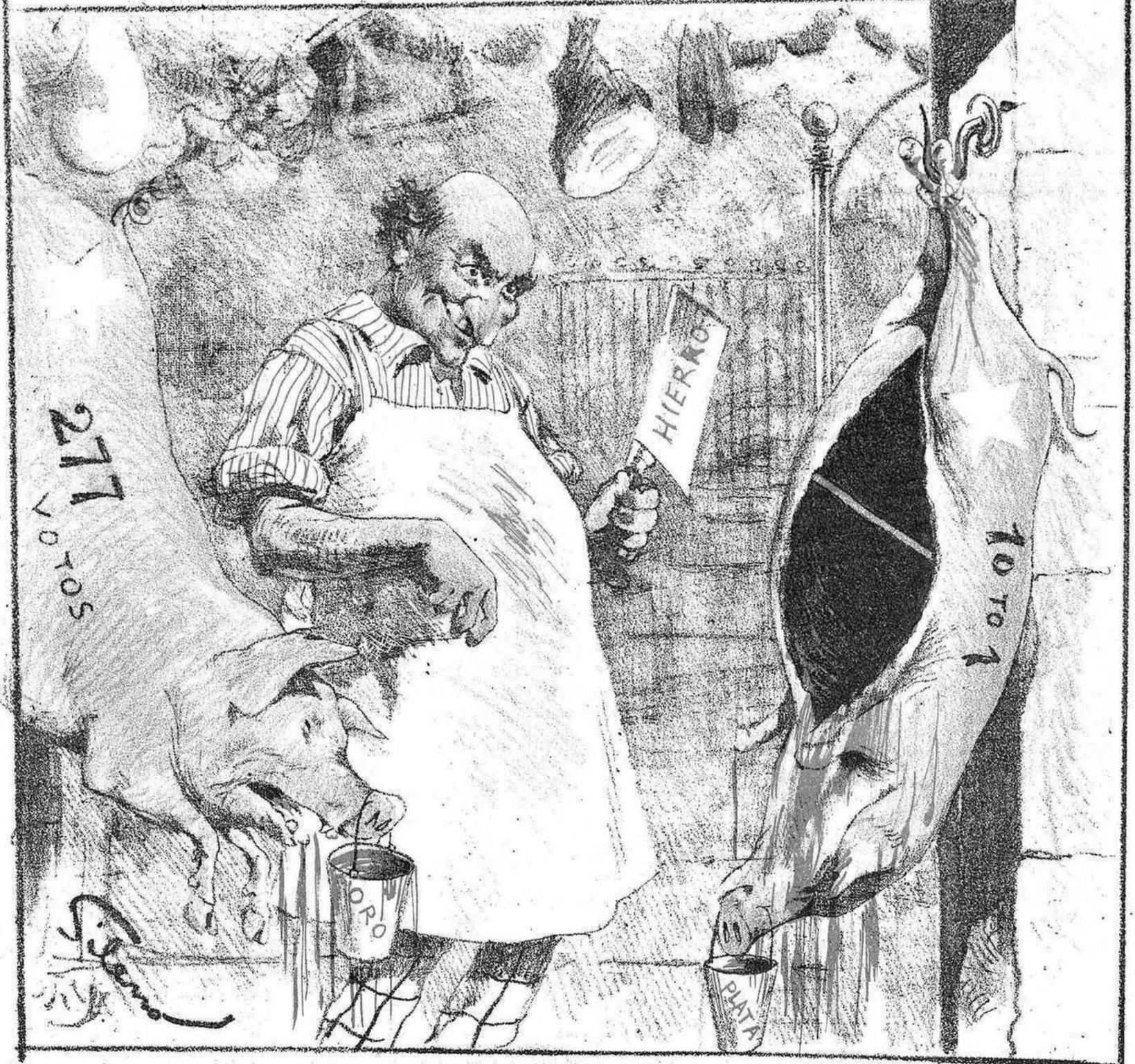
AÑO II

Madrid 12 de Noviembre de 1896

NÚM. 58

EL CERDO ALEGRE Y EL CERDO TRISTE (POEMA YANKÉE)

CARNICERIA



¡Gracias á Dios!
Ya sabemos cuál es de los dos.

Jueves de Gedeón.

—Y tú, cuántas obligaciones piensas tomar, Calínez?

—Pero todavía quieres, Gedeón, que tome más obligaciones? Leo todos los artículos que respecto a Cuba y Filipinas se publican. Además procuro por las noches descifrar las charadas del *Heraldo*, y me quedo *in albis* de lo que sucede allende los mares y de lo que significan mi *primera* y mi *segunda*. ¿Por qué quieres cargarme con más obligaciones? ¿No es suficiente leer a Retana y Reparaz y hacer la competencia a los de la Batícola?

—No me has entendido, Calínez. Te preguntaba que cuántas obligaciones piensas tomar del empréstito chico.

—Yo, una, pero grande: la de aguantar al Gobierno.

—Esa obligación la tenemos todos los españoles desde la pila. Como que en la nueva Constitución figurará el siguiente artículo: «Al administrar el Sacramento del bautismo, después de preguntar al neófito si desea ser bautizado, se le preguntará si quiere, como buen español, soportar al Gobierno, y él ó sus padrinos responderán: *Bolo*». Con esto quedará la criatura bautizada y patriota.

—Pues nada, Gedeón, no puedo tomar obligaciones de las que tú dices, porque supongo que costarán dinero, y yo no le tengo.

—Esa no es una razón: á menos dinero, más obligaciones. Conque ya puedes, Calínez, suscribirte por unas cuantas.

—Bueno, iré á los lunes clásicos del Español.

—Me parece poco.

—Me matricularé en los cursos superiores del Ateneo.

—Hay que hacer algo más por la Patria.

—Leeré el último poema de Salvador Rueda.

—Animo, Calínez, un esfuercito más.

—No puedo, Gedeón; renuncié á las obligaciones lo mismo que Azcárraga al tercer entonchado. Prefiero ser Teniente general de por vida, como *Montecristo*. ¿Ibas á pedirme que pasara por el Prado á Castellano y á Tejada? No puedo. Antes iría en el coche de Morlesín á limonera.

—¿Y por qué á limonera?

—Porque su amo, D. Antonio, iba á aguadora.

—Es verdad, no había de ser ni más ni menos que su jefe. Bueno, puesto que te resistes, yo seré el que me suscriba por una buena cantidad de obligaciones.

—¿Qué vas á hacer, desgraciado Gedeón?

—Voy á ser útil á mi Patria, Calínez.

—¿Pero de qué modo?

—Conferenciando con el Marqués de Lema.

—¿Por medio de un buzón? No te tomes ese trabajo, es tiempo perdido.

—No, señor, conferenciaré de *visu*.

—De todos modos, ponte un sello en la lengua; eso le halagará mucho. ¿Y respecto de qué vas á conferenciar con el Marqués de las cartas que se pierden?

—Respecto al número de destinos que tendrá dentro de poco disponibles.

—¿Va á formar gabinete negro?

—Ni negro ni blanco. Va á reformar el material telegráfico de toda España.

—¿Y echará abajo cuantos postes hay en la actualidad?

—Seguramente.

—Entonces van á ocurrir hasta cesantías de Directores generales.

—¿Y quiera Dios que no se tambalee algún Ministro!

—Oye. ¿Sabes que estamos en una Nación deliciosa? Derramamos toda nuestra sangre en Cuba y en Filipinas; no tenemos un céntimo en el Tesoro, y echamos abajo los postes. ¡Eso es ya quemar las naves! ¿Quién se atreverá en lo sucesivo á gobernarnos, viendo lo que hacemos hoy con los gobernantes?

—Peña Ramiro. Ese gobierna siempre: no hay quien le toque.

—Claro, por miedo á Frontaura. En cambio el Alcalde parece que se vuelve á su jardín.

—Pues no ha echado muchas plantas en el Ayuntamiento. Nadie lo diría tratándose de un hombre como él.

—Dicen que le desagrada en extremo la vuelta de los Concejales procesados al Municipio, y como por otra parte tenía que cubrir de abono los macizos de su jardín...

—Naturalmente, entre una y otra cosa, pensó, prefiero mis macizos. Al fin y al cabo los Concejales no usan más que débiles cañas, tan débiles casi como las cañas de pesca.

—Dime, ¿pasa algún río por la Casa de la Villa?

—Yo creo que sí. ¿No ves á D. Alvaro de Bazán que parece que esta siempre diciendo: «Se me figura que pican»?

—Bueno; eso es por la proximidad de los ediles.

¿Y quién será nuestro nuevo Alcalde?

—Otro título.

—Eso ya me lo tenía tragado. Mi ilustre jefe, D. Antonio Cánovas, cree todavía en tales antiguallas. Para él no puede haber autoridad sin título. El mejor día le hace Vizconde á Morlesín.

—No me extrañaría, porque le quiere como á las niñas de sus ojos.

—Entonces cuéntalo Vizconde. Y á propósito: ¿sabes lo que se susurra por ahí? ¡Que D. Atanasio se ha dedicado al género chico!

—¿Qué me dices, Calínez! ¿Aspira á la Subsecretaría de Ultramar?

—No, Gedeón, que va á salir al teatro.

—¿A cuál?

—Al teatro de Parish.

—Todo se vuelven salidas. Weyler á Pinar del Río, Blanco á Cavite y Morlesín á Parish. Cuenta, cuenta.

—Pues se susurra que ha escrito una obra patriótica.

—¿Una obra patriótica! ¿En colaboración con Perrone, que es ahora el mejor patriota que tenemos, ó con Perrine, que es doctor en el arte escénico?

—No, solo. Es decir, solo no; algunos ripios de más excelsa mano tendrá la obra.

—¿Y cómo se llama lo que ha hecho Morlesín?

—Cuba.

—¡Ay, Calínez, eso que ha hecho Morlesín ya lo había deshecho D. Antonio!

—Fuí el primero en advertirte que no todos los ripios serían suyos.

—¿Pero es cierto lo que me dices?

—Como tal ha corrido por la villa.

—Por la villa corre todo, menos un guardia de orden público cuando es necesario.

—En fin, Gedeón, yo no pondré la mano en el fuego ni sobre el corazón de Linares Rivas por la certeza de la noticia; pero no me extrañaría nada que el Gobierno hubiese encomendado al genio de Zafra la composición de una obra patriótica para levantar con ella el espíritu público.

—Este Gobierno lo quiere levantar todo. Levanta muertos, en época de elecciones, levanta el espíritu público, levanta Ministros del suelo, levanta empréstitos y levanta ampollas.

—Después de todo, Morlesín ¿qué iba perdiendo por dar al teatro una obra del género chico? Figurate que la aplaude el público. Pues eso se encuentra. ¿Que le silban estrepitosamente? Pues se vuelve á D. Antonio, y le dice: «Ya somos iguales.»

—No te falta razón, Calínez. Quédese Cuba por Morlesín y reservemos Filipinas para Pablo Cruz. De tal suerte se van poniendo nuestras posesiones ultramarinas que ya sólo sirven para los secretarios particulares.

—No te descorazonen ni me descorazonen de ese modo, Gedeón. Verás qué noticias tan satisfactorias vamos á recibir ahora de ambas campañas. Blanco se ha rejuvenecido con el anuncio de la llegada de Polavieja, y Weyler ha dejado las plumas.

—¿Cómo que ha dejado las plumas?

—Sí, hombre, ha prohibido á los periodistas que le sigan. Ya ves si se siente enérgico y activo.

—¿Y quién nos comunicará la noticia de sus triunfos?

—El mismo. A César, según debes saber, se le considera como el primer reporter que hubo en el mundo. Aquel lacónico «Vine, ví, vencí», que dirigió al Senado, fué como el presentimiento de un cablegrama antes de la invención de los ahuecadores.

—Dios quiera que Weyler pueda imitarle aunque lo ahueque Arolas. Yo tengo muchísimos deseos de aplaudir á nuestros Generales. Ya ves, la renuncia del tercer entorchado, hecha por el General Azcárraga, me ha producido hondísima emoción.

—El Ministro de la Guerra ha probado una vez más sus talentos para organizar expediciones.

—¿Con ese motivo?

—Sí, con ese motivo. ¿Tú ignoras, Calínez, porque no quiere ser príncipe de la milicia?

—Lo ignora.

—Para seguir oyendo la marcha de Infantes.

NUESTROS MENDIGOS

(Versos de López Silva echado á perder.)

EL PADRE ANTONIO—JUANETE REVERTER

—Tú chillas too lo que [quieras, como usté se está too el día con los micos en el catre y no ve usté hace un trimes-

pero de hoy en adelante [tre veinte millones de reales más que á Morlesín y á [mangue, la calva como un tomate, y á too tirar vién aquí [dos ú tres pintas de frailes, pongo al Osma ó al Mocha- [les, piensan usté que los banqueros [maman, y no maman, pa-

que tién más cencia que tú [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

pongo al Osma ó al Mocha- [les, [dre, y que tién mejor arate, porque ahora no hay tantos [pipis y anda más, duermes al raso que suelten trigo como an-

con la perez: va usté y lleva treinta cabezas de frailes recién cortás y la gente las mira de lao... y es cuasi como tocarle á un difunto, el hizo de Garibaldi,

que no tropiezas usté con un dios que tenga saque. Yo he sido ciego un porción de veces, como usté sabe, y he hecho dos exposiciones ú tres interracionales, y ya conoce la gente que soy périto en el arte;

yo he andao tras del *Comillas* al arrastra y tras del *Bauer* lo mismo, con unos tubos de azogue en salva la parte y hasta hetocao la bandurria con la uña del dedo grande del pie, pa probar que tengo muchísimas habilidades... y con too no he recogido ná pa el empréstito grande: ni pa el chico creo que haiga quien saque más.

—¡Vamos, cállate y no mormures, que á veces da no se qué el escucharte! ¿No tienes ahí las Aduanas pa empeñalas y sacarte lo indecible, cuanto anuncies la cosa?.. Mía que el Mochales si se lo digo, no viene sin los duros por delante. Porque tié mejor la vista y tié más dulce el carácter, y si por casualidad lo que digo no sacase, se las piraba al momento de vergüenza.

—¡Mía qué lance! verán ustés cómo le hace)

—¡Si me deja usté hacer eso también yo pué que sonsaque las pelias y á más si ofrezgo el siete ú el ocho ¡chamfle!

—¡Dejari!.. Quítatela boina, que estás hablando á tu pa-

que es el non pus de los hom-

de recursos y...

—¡Quízaque!

—¡Pero ven acá, berzotas! ¿Te he dicho yo que no lar-

que eres de mi propia sangre, porque me enciendes el cutis y me...

—Quiere usté callarse, ú es que le queda á usté cuerda pa un rato?

—Pa media tarde si me se antoja.

—¿Sf? Bueno: entonces, que usté descanse.

—¡Venga usté aquí!

—¡De veranot!

—¡Pero ande vas!

—A la calle.

—(Este va y hace el apañeo: verán ustés cómo le hace)

LA COLA DEL CABALLO

No me refiero á la famosa cascada del Monasterio de Piedra, ni mucho menos á la cola hueca del caballo de Felipe IV, continuamente encabritado en la Plaza de Oriente.

El título de mi artículo es el de un apólogo muy viejo, tan viejo que se atribuye á Sertorio, el famoso héroe de la resistencia iberica contra los romanos. Ponderaba Sertorio las ventajas de la unión y concordia entre los cabos de su aguerrida hueste, y para demostrar su afirmación les decía:

—Cerda á cerda conseguiréis arrancarle á mi caballo toda su cola; mas probad á arrancársela entera de un solo tirón. ¡Qué inútil empeño! ¡Cuán vana empresa! Unión, pues, y el triunfo es nuestro.

Este apólogo, que como se ve está al alcance aun de los más arrimados á la cola, ha debido de repetirlo el General Weyler ante los partidos políticos antillanos y antes de montar en su corcel de batalla, puesto que la salida del General en Jefe y la otra salida, la de la unión auto-reformo-constitucional (*sans garantie du gouvernement*), han sido remitidas por el cable con intervalo de pocas horas.

Maravilloso espectáculo, unión loable y ejemplo digno de imitarse en la Península.

Yo no sé si el General Weyler, al ponerse en camino para la trocha, habrá exclamado como el héroe de una novela por entregas:

—Bebamos una copa, ahora que vamos á empezar la guerra de los Treinta años.

Más probable es que el General haya brindado de este modo:

—Bebamos una copa de «Tres cortados» hoy que se celebra la unión de los «Tres partidos».

La unión hace la fuerza.

Ya que la guerra traiga cola, sea ésta la del caballo de Sertorio.

Ya que la beligerancia sea hoy por hoy—ó mañana por la mañana, lo más tarde—nuestro caballo de batalla, que tenga este caballo la cola apretada, trenzada y doblada como un potro enjaezado á la andaluza.

¿A quién tememos? ¿A los *yankées*?

Pues opongamos á sus Estados Unidos nuestros partidos unidos.

No olvidarse de la cola del caballo.

Ellos, con su habitual afición, querrán arrancar una á una todas las *cerdas*.

Ojo, pues, con la cola (este ojo es para los *yankées*), y unión de cabo á rabo.

Mas ¿repercutirá en la Península ese movimiento fraternal de que nos ha dado cuenta el cable enternecido?

¡Vaya si repercutirá! ¡Me parece que va á repercutir! ¡Ya está repercutiendo! ¡Repercutió!

¡Oh apoteosis fraternal, digna de ser pintada por Bussato y Amalio!

Ya no hay en España rivales, ya no hay enemigos, ya no hay más que hermanos.

Hermanos de la Paz y Caridad.

Sobre todo cuando se trata de ahorcar á alguien.

¿Queréis ejemplos de esa unión conmovedora? A miles los tenéis á vuestro alrededor. Mirad y enterneceos.

Silvela y Cánovas se han abrazado en medio de la Huerta, al pie de un olmo que empezó á echar peras en aquel mismo instante.

Los rusos lloraban á chorro y Cánovas hilo á llo-llo, leyendo los cablegramas de Filipinas.

Bustillo y Taboada han cambiado un ósculo de paz. Bustillo reconoce que las de Besugete mere-

cen figurar en el Parnaso junto á las nueve musas, y Taboada ofrece todos sus ochavos para hacer cantar á un ciego: al ciego de Buenavista.

El Guerra vuelve á la plaza de Madrid, de donde le apartaban antiguos rencores. Con Guerras así hasta el menos taurómaco se siente guerrero.

Gamazo y Moret ya van juntos por esos trigos de Dios.

El *Heraldo* y *El Liberal* procuran refundirse en un solo diario.

Mario, Vico y Thuiller se unen en Compañía Nacional con la Guerrero, y representarán juntos el próximo lunes clásico la famosa comedia de Bretón: *Marcela ó cuál de los tres*, para que el público juzgue.

Montarco va á recibir con los brazos abiertos á los *Escupe-jumos* que se aprestan á volver desde las Salesas á la Casa de la Villa.

Julio Urbina regalará á D. Alberto Bosch el Marquesado de Cabriñana.

—¡Oh!—exclama Gedeón.—Voy á hacer una barrabasa; quiero tener un enemigo para ofrecer al universo el espectáculo de nuestras paces.

Porque Gedeón, claro está que no tiene enemigos. Ni siquiera los del alma le inquietan.

Porque el alma de Gedeón está siempre metida en su almarío y de allí no sale.

¡Oh benéfica influencia del apólogo de Sertoriol! ¡Llor á la cola del caballo y á todos los arrimados á ella!

Hasta en las timbas de esta corte ha dejado sentir su milagroso influjo.

Verle la cola al caballo y enternecerse los mismos caballeros que apuntaban ¡horror! que apuntaban á él, todo ha sido una misma cosa.

Sólo hay una excepción en este movimiento general de la Patria.

La unión republicana no se hace.

¿Es que los republicanos ignoran lo de la cola del caballo?

No; es que esa unión no se hace... ni con cola.

DE OJEO

El Liberal ha tenido la excelente idea de reanimar el espíritu del país publicando varios números extraordinarios, y guiado el colega por una humildad mal entendida, ha creído muy del caso pedir colaboración á varios caballeros conspicuos, que no escriben ciertamente mejor que los Sres. Balsa de la Vega, Alonso de la Beraza y demás apreciables redactores no conspicuos.

Confesemos lealmente que el menos malo de dichos colaboradores de ocasión ha sido el cantor de Elisa, es á saber (como dice, sin venir á cuento, el propio interesado), el señor Presidente del Consejo.

En cambio, el otro Presidente, D. Práxedes, colaborando, *labora* contra la sintaxis con mucho más desenfado que los autonomistas con piel de borrego que abundan por ahí.

Todo lo que manuscrite el hombre de Fortuna y jefe del fusionismo es *cosa rica* en punto á incorrecciones, y esto confirma el dicho de no sabemos qué escritor alemán de los citados por Moguel cuando va á lucirse al palacio *das Necesidades*:—*La Patria es el idioma*. D. Práxedes conoce tan bien el idioma como la Patria.

Lean ustedes el primer párrafo, nada más que el primer párrafo de los *confeccionados* entre D. Práxedes y Pablo Cruz (*dos ingenios de esta corte*), mientras el primero *paseaba el agua* en el citado balneario:

Asocio mi respetuosa adhesión y entusiasmo (el entusiasmo, aunque D. Práxedes quería que fuese respetuoso también, no ha resultado serlo por faltas de... género y número) *por el Ejército y Marina* (¿quién será Marina? Alguna chica de Fortuna, porque si pretendía referirse al ejército de mar, debió decir: *y la Marina*), *quienes pelean defendiendo la integridad del territorio español, al de los muchos é ilustres hombres públicos que lo han expuesto en El Liberal* (y aquí ya no saben D. Práxedes ni el lector si lo que asocia aquél es el Ejército ó el territorio, ó solamente el entusiasmo y no la adhesión; ni tampoco hay medio de averiguar si los hombres públicos han expuesto la integridad del territorio, la Marina ó la respetuosa adhesión, que es lo que está más lejos. Sin embargo, la integridad esa bien la han expuesto el Sr. Sagasta y sus Ministros. ¿Habrá querido el viejo pastor tirarle una puntadita á Maura?), *y jamás dudo* (quiso decir *ja-nás he dudado* ó *jamás dudaré*, porque *jamás*, aplicado al tiempo presente, es como Gamazo junto á Moret: *rabian de verse al parigual*) *que la empresa perseguida será una de las obras más gloriosas y admirables que realizará en su heroica historia esta Nación, merecedora de mayor fortuna por la grandeza de sus hijos*. (Esta cláusula final le salió un poquillo más limpia, aunque ese *realizará* debe ser *realice*, si no lo lleva á mal Rodríguez.)

De ahí se deduce que á D. Práxedes le ha parecido chica Fortuna, y desea que haya otra mayor, *por la grandeza de los hijos de la Patria*. Vamos, quiere una Fortuna dentro de la cual quepan cómodamente él, D. Pablo y Aguilera.

Pues ¡menuda fortuna la de la Patria que tales Práxedes cría!

De Sagasta la cabeza y de D. Paco el florentino la cola y de ella un pelo, como el siguiente:

«... la relación racional que un pueblo... puede y debe establecer definitivamente con la isla de Cuba, sobre la cual todos sentimos sellados nuestros labios.»

¡Diantrel! ¿Qué habrá querido significar D. Francisco al decir que siente sellados sus labios sobre la isla de Cuba? Entonces ¿cómo? ¿es que ya ha abandonado los tales labios aquella sonrisa que, según Maquiavelo, debe ostentar el político sagaz? ¿O es, como Gedeón cree, que D. Francisco se ha propuesto escribir siempre en *logogrifos*, como cualquier Unamuno?

¡Duda terrible, sobre la cual sentimos sellados nuestros labios!

Ya le hemos cogido un pelo á D. Paco Silvela. Y á propósito de pelos, ahí se nos presenta el Dr. Esquerdo con todos los suyos enredados entre la pluma y echando borrones de tamaño calibre:

«*Ante la grandeza de España revelada en la guerra de Cuba y de Filipinas, no cabe dudar de nuestra heroica extirpe.*»

Cuidese y crea á Gedeón, señor doctor; cuidese y advierta que son dos las guerras, una en Cuba y otra en Filipinas, no una sola *guerra de Cuba y de Filipinas*, como su merced expone. Cuidese y repare que ni con guerras ni sin ellas, ni ante grandezas, ni ante pequenezes cabe dudar de nuestra heroica *estirpe*, no *extirpe*, pues aquí no se trata de *extirpar* nada, como no sean los vicios antigramaticales; su merced sin duda ignora lo que significa *estirpe, raíz y tronco de una familia ó linaje*, según la Academia y según dice el gran D. Lázaro Bardón, para quien *estirpe y raíz* son la misma cosa. Aun cuando no hubiese héroes hoy día en España (que si los hay, verbigracia, los que leen á su merced!), nuestra *estirpe* no dejaría de ser heroica.

Y, para terminar, soltemos los fuegos artificiales del señor Marqués de Cerralbo, también colaborador á quien sólo algunos héroes hemos leído:

«*No parecía sino que nuestras desventuras, alzando sobre las gigantescas montañas del Pirineo un vapor de tristes nieblas, nos ocultaban á los ojos del mundo, arrojándonos á la soledad y al olvido en este rincón de Europa mientras que el estrépito de grandeza con que otras aparatosas naciones, llamando la atención universal, les atraía los homenajes de la gloria, del oro y del imperio...*»

¡Jesús, qué estrépito! El señor Marqués de Cerralbo, cuando ase la pluma la convierte en un martillo pilón. Ocupado en atronar los tímpanos del auditorio, se deja á medio concluir las oraciones ó emplea gerundios por pretéritos imperfectos, como *llamando, por llamaba, etc.*, etc.

Coro de redactores de *El Liberal*, cantando con acento de Balsa de la Vega y letra de Ricardo de la idem:

*Tenemus lus cuerpus tronzaus:
qué colaboradores los que hemus llamau...
Más valen Feliú
y Fernández Shaw.*

PARTIDOS «ENGARGOLADOS»

La unión de los partidos antillanos, según dice la prensa, es un hecho: ya todos son hermanos.

Con alegría inmensa, los constitucionales, reformistas y los autonomistas

ya forman *cap y cúa* merced á los esfuerzos de Porrúa, pues que no promovieron *Valerianos* la unión de los partidos antillanos.

Ya no soltará el toro de las reformas el señor Montoro, que español puro y neto

se declaró, con Gálvez y con Cueto; fumando un cigarrillo de *papell* de Susini, ó lo que es la misma cosa,

de Prudencio Rabell, en plática amistosa

se hallan con el Marqués de Apezteguía y el de Pinar del Río

(tabaquero de padre y señor mío) los que la decantada autonomía patrocinaron en distintas formas

y los que defendieron las reformas. Al ver ya planteada

la unión de los partidos antillanos dirige ¡oh Juan Soldado! tu mirada á estos *línces humanos*,

admiración del mundo que se llaman Antonio y Segismundo, y pasa luego sin decir palabra

por delante de Labra. Aprendedlo, oradores de la... izquierda: reformas querrá Cuba

el día no esperable en que se pierda; vedlo y la sangre a vuestros rostros suba: estabais trabajando por Maceo,

lo cual, á la verdad, es algo feo. Los leales de Cuba y Gedeón os lo dicen bien claro. ¡Cuán ridículos

encuentra la opinión de Don Segis los cándidos artículos, con retóricas hormas fabricados, en pro de las reformas!

¡Oh noble amigo Maura, ve como en huracán feroz se trueca lo que creías leve y sutil aura. y tus planes destroza, hunde y trastrueca!

¡Mira ya tu obra seca,

y herida por sus propios corifeos en la tierra cubana, que parece que al soplo de la guerra se estremecel ¡Cuán cómodo es hablar en Ateneos ó soltar en diarios la monserga, que, con calma, el país lee ó escucha, como han hecho aquí el Labra y el Gibergal Vayan, pisen el campo de la lucha, juzguen allí, entre el silbo de las balas, si las reformas son buenas ó malas y entretanto confiesen, con leal convicción y con noble desenfado, que se han equivocado

ó que han hecho una plancha pectoral. Y tú, amigo Porrúa, cuyo esfuerzo la Patria hoy evalúa y estima en lo que vale, no te engrías ni te dejes llevar de banderías,

ni creas, inocente, que ya está asegurada plenamente la unión de los partidos antillanos y que está despejado el horizonte.

Los dichos de políticos son vanos: (no lo olvides) y Labra tira al monte.

....y armas al hombro.

El fin de la Odisea: «Mañana llegará á Madrid el Sr. Sagasta.»

Ya no nos caben tantas satisfacciones. Blanco en Cavite. Weyler en Pinar del Río. Sagasta en Madrid.

Ya está todo el mundo en su sitio. Que dejen á Maceo en él es lo único que hace falta.

Lo de siempre: «Un telegrama del Administrador de la aduana de Irún, dirigido al Director general del ramo, participa que ha desaparecido el Recaudador de aquella aduana.»

¡Anda! ¡anda! y ¡cómo corren las garantías del empréstito chico!

Ni un perro les va á alcanzar.

Movimiento patriótico: «Ha llegado a Venta de Baños, de paso para Palencia, un soldado procedente de Cuba, llamado Joaquín Soriano Blasco. Como venía gravemente enfermo, tuvo que detenerse unas cuantas horas en una fonda de Venta de Baños, donde por su estancia le cobraron *doce pesetas y media*»

Probablemente se las cobrarían con navaja abierta. Por algo es Venta de Baños estación de *empalme*.

La fiesta de los notarios: «Hoy se ha celebrado con la solemnidad de todos los años la función religiosa que el Colegio Notarial de Madrid dedica á su patron San Juan Evangelista. Las invitaciones se han hecho en nombre del Ministro de Gracia y Justicia, señor Conde de Tejada de Valdosa, quien no ha podido asistir á la función.»

Es claro. ¿Cómo va á ir Tejada Valdosa á la función de San Juan Evangelista?

Toda la noche la hubiera pasado soñando con el Apocalipsis.

Gedeón asistió á la comida con que los dueños del café y restaurant Inglés, solemnizaban las reformas hechas en su establecimiento.

El salón grande del restaurant es muy espacioso. La comida inaugural se verificó en él. Presidió la mesa D. Alberto Aguilera y sobraba sitio. No hemos de decir más.

Hay otros cinco gabinetes. Uno oriental, que recomendamos al Sr. Linares Rivas. Otro, Luis XV, que será muy del gusto de Fernanfior. Otro, japonés, para leer los artículos filipinos de Retana. Otro, pompeyano, para saborear los de D. Pompeyo Gener; y otro, sin estilo determinado, que se une en caso de apuro por medio de un tabique corridizo con el salón, y que podrán utilizar los silvelistas cuando se les abra el General Martínez Campos.

El decorado de todos esos comedores es precioso. Al banquete asistieron muchos chicos de la prensa, y no hubo derroche de ingenio ni faltaron cucharillas.

NUESTRO ALMANAQUE

Entre los notabilísimos trabajos de colaboración *supuesta* que contendrá el ALMANAQUE DE GEDÉON, figuran de digno modo los siguientes: *Juicio del año*, por D. Eduardo Bustillo; *El año astronómico*, por Noherlonsomhom; *La primavera*, por D. G. Núñez de Arce; *El estío*, por D. S. Rueda; *El otoño*, por D. M. del Palacio. *El invierno*, por D. R. de Campoamor; *Plutarcos*, de los Sres. Vidart, Taboada, Kasabal y Zeda;y *armas al hombro*, de diversos autores.

Nuestro ALMANAQUE, inútil es decirlo, costará sólo una peseta. El papel vale más.

RAMON ANGLÉS.—Imprenta y cromotipia, Fomento, 3.

ROPA DE INVIERNO

El invierno con sus nieves cano (como dice la famosa epístola que no es de Rioja, porque la ha catado Manolito Paso y dice que aquello no es Rioja ni mucho menos)... bueno, pues el invierno con sus nieves cano ha sorprendido a nuestros hombres públicos tan frescos como siempre, y en grave exposición de coger una pulmonía, ó á lo menos un catarro como los que han padecido recientemente los Sres. Cánovas y Tejada Valdose-
ra. Para evitar estos y mayores males, los hom-
bres públicos de que hablo se han provisto de la
ropa de invierno más conforme con sus inclina-
ciones y gustos respectivos.

He aquí la lista (y conste que nó aludo á la se-
ñora Pardo Bazán):

- Cánovas:** Una capa... caída.
- Moret:** Un mac ferland.
- Tetuán:** Un mac kinley.
- Silvela:** Un ruso.
- Los de la Asamblea republicana:** Gabanes de Pí ¡Eles!
- Gedeón:** Hará de su capa un sayo.
- Azcárraga:** Un tapabocas.
- Labra:** Un chaleco de Bayona (con meetings filibusteros).
- Morayta:** Un traje de punto... filipino.
- Navarro Reverter:** Una gorra de pelo (Ahora si que va á parecer un gastador).
- Linares Rivas:** No nes ha dicho cuál es su prenda.
- Chueca:** Le echará bandas nuevas á la capa... y á la marcha de Cádiz.
- Ramón Guerrero:** Un mar Sellés.
- El General Blanco:** Le echará á su abrigo una pala nueva y una pola vieja.
- Castelar:** Un sobretodo (él).
- Weyler:** Un Dios sobre todo.
- Manuel Paso:** Seguirá ocultándose debajo de una mala capa.
- Díaz de Mendoza:** Se ha hecho Talma, pero le viene grande.
- Primo de Rivera:** Un terno nuevo. Tan nuevo que todavía le dura la etiqueta.
- Martínez Campos:** Zapatos de orillo (aunque desde el Zanjón no ha orillado nada).
- Maceo:** Mucha felpa.
- El Dr. Betances:** Mitones, para que queden las uñas libres.
- Aguilera:** Un portier.
- Los autonomistas:** Todos elásticos.
- Castellano y Tejada Valdose-
ra:** Las caperuzas de Sancho (á repartir).

CAMINO DE MANILA



EL ANUNCIADO CHOQUE DE POLAVIEJA

11 de **NOBRE.** FOLLETÓN DE «GDEÓN» Núm. 9

ESCUELA DE GUERRA



El maestro Azcárraga dando la primera lección...

EL ULTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

Dió un largo suspiro, y permaneció abismado en profundas meditaciones.

Durante sus viajes por los países extranjeros para estudiar las construcciones navales había conocido en Roma á Emilia la Pálida, que visitaba la ciudad Eterna en cumplimiento de un voto.

Verla, y amarla, fué lo mismo. Su recuerdo no se separaba nunca de su corazón, y esa dulce memoria y el chaquet de color indefinible eran todo su modesto ajuar.

En Roma la siguió inútilmente. Emilia estaba siempre rodeada de Cardenales, como si acabara de salir de los Jardines del Buen Retiro, en una de esas frecuentes noches de palos que tanto amenizan el verano madrileño.

¡Cómo pedía acercarse él, un modesto albañil, aunque elevado por Rocambole á más distinguido rango, á aquella dama tan solicitada por las Eminencias!

Estaba demasiado alta para él; tres Eminencias, por lo menos, la separaban continuamente de su alcance.

Sin embargo, el amor era más fuerte que sus reflexiones, y el oro de su portamonedas le allanó muchos caminos.

Supo el hotel en que se hospedaba su hermosa ingrata, y compró al camarero que la servía.

En Roma los camareros son muy baratos: el más caro se vende al precio de una lira ó cualquier otro instrumento músico.

Merced á su cómplice, pudo penetrar en el cuarto de Emilia durante la ausencia de ésta, y registrarla toda la correspondencia. Su corazón temblaba al repasar aquellas cartas, temiendo encontrar la epístola de un afortunado rival.

Al concluir de leerlas exhaló un suspiro de satisfacción; el rival tan temido no existía.

Dió otra lira en señal de su contento al camarero, y éste se puso en seguida á cantar.

Los camareros de Roma cantan en cuanto se les larga una lira.

Los de España se ponen blandos en cuanto se les enseña un duro.

Los de Francia se dejan de hipocresías por un franco, y los de Inglaterra son menos pesados cuantas más libras se les den.

Así de los demás países.

Pero al concluir su canción el camarero romano, advirtió á nuestro ex albañil que Emilia la Pálida partía al día siguiente para Venecia, según había manifestado al pedir la cuenta del hotel.

—Iré á Venecia tras de ella—se dijo el enamorado joven disponiéndose á hacer la maleta; y como la pasión no reco-

noce obstáculos, la maleta que hizo fué la de Emilia la Pálida, que estaba en un ángulo de la habitación. Cogióla y partió.

Al siguiente día el mismo tren les llevaba á Venecia. Los lectores que no hayan visitado esta original ciudad, pueden decir que no han visto lo más hermoso del mundo.

No hace mucho tiempo estuvieron en ella Pepe Luis Torres y Luis Taboada, y la ciudad de los Docks se engañó para recibirlos. El puente de los Suspiros ostentó un busto de Campillo suspirando por la patria ausente, y en todas las canales había tendidas largas filas de *bersaglieri* semejando ninfas en el baño después de comerse el ruedo de la cocina y una batata.

Pero volvamos á nuestra narración.

En Venecia, Emilia la Pálida se hospedó en el hotel de la *Donnola*, que abre sus dos magníficas alas sobre el Gran Canal, y su enamorado persecutor en el hotel de enfrente, antiguo palacio de la Imbizione, donde se reunía el Consejo de los Diez para adoptar sus terribles fallos.

Como Emilia no se había enterado de la persecución de que era objeto, aunque sí de la desaparición misteriosa de la maleta, casi todos los días salía á la ventana de su departamento para ver pasar las góndolas por el Gran Canal.

¡Y cuánto gozaba entonces contemplándola nuestro enamorado! ¡Qué le importaba ya el estudio de las construcciones navales que le encomendara Rocambole! No vivía más que para su amor.

De noche tomaba una góndola, y soñando con la ventura de ser amado se dejaba llevar á merced del gondolero por todas las canales sin enterarse, tales eran sus apasionadas preocupaciones, de que en algunos de ellos no siempre huele bien.

Mas ¡ay! aquel idilio tenía que terminar y terminó.

Una noche infausta tomó una góndola. El gondolero había tomado á su vez demasiados vasos de Lágrima Christi. A pesar de tanto llanto se hallaba tal vez excesivamente alegre. Al volver la esquina de un canal, otra góndola que venía como una flecha en dirección contraria, cortó el paso á la embarcación de nuestro enamorado.

El choque fué terrible; las dos góndolas quedaron partidas en canal.

Tan súbita fué la catástrofe, que ni siquiera se oyeron voces pidiendo auxilio. El infeliz joven se fué á fondo sin proferir un ¡ay! y atontado por el golpe permaneció largas horas debajo del agua.

Pero la Providencia no había decretado todavía su muerte.

Contiguo al lugar de la catástrofe había uno de los palacios históricos que son las maravillas de la ciudad. El comedor del palacio daba precisamente sobre el sitio donde ocurriera el choque.

Un doméstico descuidado sacudiendo un mantel arrojó al agua una cucharilla de oro que se había quedado olvidada. La cucharilla era una obra de arte, debida á Benvenuto Cellini. Los antepasados del Conde Timone, dueño del palacio, no acostumbraban á pagar sus compras. Cuando se notó la desaparición de la cucharilla hubo gran pánico en el palacio. Todos sabían la estimación en que tenía el Conde Timone la alhaja. Las pesquisas que se hicieron para encontrarla fueron inútiles.

Entonces, alguno pensó que podría estar en el canal y fueron contratados buzos que explorasen su fondo.

Apénas descendió el primero en busca de la cucharilla encontró á nuestro enamorado.

(A seguir.)